

en el templo; por lo que dice el mismo apóstol que se colocaría en él como si fuese Dios.

No se puede dudar que en este lugar se habla del templo de Jerusalem, segun muchos padres antiguos, y señaladamente S. Gerónimo y S. Agustin; y que aquel execrable príncipe quiso colocarse en él como si fuera el verdadero Dios. Con este fin ordenó, dice Filon, que se pudiese su estatua con el nombre de Júpiter, que adoptó para sí en el *Sancta Sanctorum*; que se profanase el templo como dice Orocio con los sacrificios de los gentiles, y se llenase de estatuas y simulacros.

No dilató aquel impio la ejecucion de sus proyectos, sino porque temia que Vitelio gobernador de la Siria y la Judea, y comandante de las poderosas armadas podria oponerse á sus designios en favor de los judios á quienes habia honrado con su amistad.

La segunda tentacion que debia suceder, fué en tiempo de Simon Mago. Este impostor habia de llevar tras sí por medio de sus encantos y prodigios á los samaritanos, y á los romanos que habian reusado recibir el evangelio. S. Pablo le llama en el verso octavo hombre impío y sin ley, porque se entregó á toda suerte de iniquidad y de impureza, como se lee en la historia de su vida. El se dió á conocer por la eficacia de Satanas que produjo por su ministerio muchos prestigios; pues, segun Teodoreto, hizo cosas maravillosas, pero todas fueron unas señales aparentes y engañosas.

El indujo á los pueblos á seguir la mentira, y abrazar sus falsas opiniones pertenecientes á Jesucristo, á la ley de Dios, á su persona y á la de su concubina. Tambien se valió de las mismas para hacer creer á las gentes que las impurezas de la carne eran inocentes, é imbuirlas en otras operaciones de esta naturaleza, por medio de las cuales condujo á los hombres á todo género de iniquidad y torpeza, permitiendo Dios una operacion eficaz del error, como dice san Pablo, para castigar la ingratitud de los que no habian querido obedecer al evangelio. Pero el Señor destruyó finalmente aquel impio por medio de un soplo de su boca, y por la claridad de su venida; porque le destruyó en efecto con la misma facilidad que disipa una paja el mas ligero soplo, ó huyen las tinieblas á presencia de la claridad del sol; ó por mejor decir, el Señor le hizo perecer por su virtud en cuanto S. Pedro que era como los demas apóstoles boca del Señor, alcanzó por sus oraciones detener el vuelo de aquel mago que habia emprendido acia el cielo, y precipitarle en la tierra, haciendole sentir la virtud que el Señor desplegaria contra sus enemigos el glorioso dia de su venida.

Cuando estas ilustraciones no convencieran la falsedad de las interpretaciones que dan los protestantes á estos testos, ¿podreis caer en el delirio de que el papa es el anticristo, vosotros que habeis leído en el cap. 4. de la epístola católica de S. Juan, que el anticristo es aquel, que niega que Jesucristo ha venido en carne? ¿En

lugar de negar el papa esta venida no la predica el mismo? ¡No la hace predicar en todas las Iglesias de su comunión?

No me digais, que se le dan al papa títulos de orgullo y presuncion, y que se le atribuye un poder que le caracteriza de anticristo: porque, dejando aparte los títulos hinchados que le han dado, y las opiniones ecsageradas de algunos canonistas interesados que le favorecen: es preciso me confeseis que la cualidad de cabeza visible, y la de rector universal de la Iglesia, no puede fundar la mala opinion que teneis del pontífice romano.

Los doctores mas célebres de la religion, que acabais de dejar, y han escrito sobre esta materia, como Blondel y Salmasio, no tienen dificultad en confesar que los títulos de cabeza visible, de patriarca universal de la Iglesia, de vicario de Jesucristo, de obispo y pastor de la Iglesia universal, se hallan en los escritos de los antiguos; y el primero declara, que la diversidad en el gobierno eclesiástico de la Iglesia, no debe ser motivo de cisma; y que importa poco para la salud, que el gobierno de la Iglesia sea monárquico ó aristocrático.

En vista de todo esto se podrá hallar alguno entre vosotros que esté arrepentido de hallarse en una Iglesia, que no solo está muy distante de ser el reino del anticristo, sino que es el imperio y la familia de los hijos de Dios? Que dolor no deberemos tener nosotros al ver que prevenidos nuestros hermanos de tan desgraciada

opinion, es á saber, de que el papa es el anticristo, y ciegos por los falsos perjuicios que se les han inspirado contra la Iglesia romana, han abandonado sus familias y el reino, para hallar en otra parte un reposo imaginario! Si se nos incita á seguir su ejemplo y apartarnos de la compañía de los antiguos discípulos de Jesucristo en la que nos hallamos, digamos con la esposa mística de los cantares *yo he hallado á quien amó mi alma; no le dejaré*: valgámonos si no de la respuesta que dió S. Pedro al Señor; *¿quien quereis vos que vayamos nosotros, sino á nuestro Salvador*; nosotros creemos y sabemos que conserva las palabras de vida eterna en la Iglesia en donde nos hallamos. Y qué cosa podrá haber en el mundo que nos obligue á dejar esta Iglesia fuera de la cual no es lícito sacrificar; y abandonar el Arca mística que es la única que puede salvarnos? No sabeis que dice S. Lucas en el cap. segundo de los hechos apostólicos, que Dios aumentaba todos los dias en la Iglesia el número de los creyentes que habian de salvarse; y que por consiguiente estamos en una obligacion indispensable de juntarnos á esta Iglesia que jamas ha sido arruinada, ni ha caido en desolacion; á una Iglesia, digo, que ha continuado desde los apóstoles hasta nosotros, y subsistirá sobre la tierra hasta la consumacion de los siglos, pues las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y será siempre la columna y firme apoyo de la verdad? Si, señores míos, vosotros sois dichosos por haber entrado en su co-

munión y haberos apartado de un cisma que ha-
cia inútiles todas vuestras obras, y que siendo el
veneno mortal de la caridad, os hubiera arras-
trado á una perdicion inevitable.

No me resta otra cosa para mejor con-
venceros, que justificar á estas practicas que
han sido tambien el fundamento de la injusta
separacion.

La primera es el honor que se da á los
santos y á sus reliquias en la Iglesia romana,
y el uso que se hace de las imágenes. Acerca
de lo cual bastará deciros que el honor que
se dispensa á los santos es infinitamente infe-
rior á aquel que se da á Dios, que no se hon-
ra á los santos sino en Dios, y por Dios, y
que la mayor parte del culto que se les tribu-
ta consiste en celebrar é imitar sus virtudes.
Que la veneracion de las reliquias es un culto
de la misma especie; y que el uso de las imá-
genes es utilísimo. Ellas sirven de monumen-
tos y memoriales que ponen delante de nues-
tra vista las prendas y acciones ilustres de a-
quellos heroes que representan para que noso-
tros los honremos del modo que debemos.

Es verdad que se hallan en algunos him-
nos espresiones bastante fuertes, pero es preci-
so entenderlas segun el espíritu de la iglesia
que no quiere que se adore ser alguno por
escelente que sea, con adoracion de *latría*; si-
no al ser infinito; y ordena que se tenga á Dios
solo por el origen de las gracias que dispensa
á los fieles por medio de los santos, que con-

tribuyen para conseguirlas con sus oraciones.
Finalmente, si hay algun abuso en la practica
de los particulares, debe corregirse segun la re-
gla del concilio de Trento, quien dice que es
necesario impedir toda supersticion en el honor
que se dá á los santos en la veneracion de las
reliquias, y en el uso de las imágenes.

Otra practica hay que os mortifica mu-
cho mas, y es la adoracion de la eucaristía,
fuera del uso ó de la comunión. Vosotros creéis
que no podeis hacer este acto sin idolatría, ecca-
minémoslo á fondo.

Yo comenzaré á probaros que podeis sin
idolstrar adorarla, valiendome de este razona-
miento tomado de vuestros principios. Jesucris-
to está en este misterio segun todo lo que tie-
ne de adorable en sí mismo, y por sí mismo;
el está allí con una presencia especial, y des-
plega su virtud de un modo particular, distri-
buyendo todos los tesoros de sus gracias. ¡Y
quien duda que se há adorado al Señor, y que se
le debió adorar en todos los lugares en donde
se manifestó por alguno de sus atributos, y prin-
cipalmente por su gracia y misericordia que es
el mas íntimo y el mas noble de todos!

Fundado en este principio el siervo de
Abraham, adoró al Señor en aquel mismo lugar
en que Dios bendijo su viage. Los Israelitas
lo adoraron tambien en todos aquellos que se
les manifestó por medio de su virtud; y hasta
el infiel, segun el testimonio de S. Pablo, re-
conociendo que está Dios en medio de la a-

samblea de los fieles, viendo las gracias que les dispensa, se postra en tierra para adorarle en aquel lugar.

No puede dudarse que el Señor manifestó en la cena á los ojos de la fe de sus hijos todas las perfecciones divinas que brillaron en el misterio de la redencion, cuyo compendio y memorial es el Sacramento, y que distribuyó en ella las riquezas de su misericordia; y por consiguiente que se le debe adorar como en un lugar en donde ha grabado las señales de su poder, justicia, y principalmente de su misericordia.

Ademas de esto, es una cosa constante en la escritura, que los santos adoraron á Dios en todos los símbolos que fueron señales de su presencia. Abrahan en un horno fumante, y en achon de fuego. Jacob al pie de la escala, que por un extremo tocaba en el cielo, y por otro en la tierra. Moises en la zarza de Oreb. Elías en el viento dulce y sutil, y los israelitas en el Arca de la alianza.

Los mas sabios protestantes reconocen que nuestro Señor está en la eucaristia de un modo mas íntimo y mas saludable que en los símbolos antiguos; ¿por qué pues no le adoraremos en ella? El Arca de la alianza se ha mirado siempre como una imagen de la eucaristía, por cuyo medio está con los hombres, segun el testo del Apocalipsi, y habita con ellos.

En ella se adoró siempre al Señor, por que habia dicho, que estaria allí perpetuamente

su nombre y que allí habitaria, como si dijera, segun el lenguaje de la escritura, que enviaria desde allí su socorro, bendeciria á sus pueblos y oiria sus oraciones.

¿Y por qué no se ha de adorar al Señor en este misterio? Supuesto que el mismo nos asegura que allí está su cuerpo como sobre un trono de gracia y de misericordia; que está bajo las especies sacramentales, segun uno de los mas famosos ministros de la comunión protestante, con toda la estension de su magestad, con todos los méritos de su muerte y todas las gracias de su espíritu para comunicarla á los fieles por medio de la eucaristía? ¿Por qué no se ha de adorar al Señor en ella, vuelvo á decir, supuesto que, segun se esplica Mr. Jurieu, el augusto Sacramento es el tabernáculo del Verbo eterno que inunda y llena de su divinidad, de un modo particular, los símbolos eucarísticos?

Yo bien sé que habeis acostumbrado decir que estais convencidos de que Dios estuvo de un modo especial en el Arca y en los otros símbolos por medio de cierto brillo que heria los sentidos, pero que no se advierte una cosa semejante en la Eucaristía.

Para responder á esta objecion bastará haceros notar con los teólogos protestantes de Hydelberg, que tenemos dos medios para saber, que Dios está de un modo especial en algun lugar, es á saber, los sentidos y la fe. Los israelitas se convencian de la presencia especia

de Dios en ciertos símbolos, por el primero; y los cristianos se convencen por el segundo, de que está Jesucristo en el santísimo Sacramento, porque el mismo Señor ha hecho una expresa declaración de que la Eucaristía es su precioso cuerpo. Además de esto, es preciso confesar, que este último medio es mas seguro y mas firme, que el primero, y que la certeza que tenemos de la presencia de Dios por medio de la fé, es mucho mas grande que la que podemos tener por el ministerio de los sentidos, pues estos pueden ser engañados, ó deslumbrados por los objetos exteriores; pero la fé no puede ser engañada, ni engañar á los fieles que estando fundada sobre la palabra de Dios que es puramente infalible, y la primera verdad; luego se puede adorar al Señor en la Eucaristía con mas seguridad que le adoraron los fieles antiguos en los símbolos que herian con su brillo los sentidos.

Aun cuando no hubiera en aquel sacramento otra cosa que símbolos instituidos por él mismo; para ser representado en ellos de un modo particular, se podría, y aun se le debería adorar en él, y no se que ninguno pueda temer razonablemente hacer en esto algun acto de idolatría.

Los mas devotos y los mas ilustres de vuestros protestantes reconocen que no se comete idolatría propiamente tal, sino en uno de los dos casos, es á saber, ó cuando se adora á una falsa divinidad, ó cuando se adora al

verdadero Dios en un falso signo, que el no ha establecido. No es necesario mas que abrir los ojos para ver que en ninguno de estos dos casos se comete idolatría porque por una parte adorais allí al hijo propio y natural de Dios, que es Dios eternamente con el Padre; y por otra le adorais en un simbolo que el mismo ha establecido en donde está cargado de todos sus beneficios, de todas las gracias, que ofrece á los que se acercan al sagrado misterio con las disposiciones necesarias, y revestido de su autoridad y de sus juicios terribles contra los que no saben discernir su cuerpo.

Pero yo no os he tocado hasta ahora sino la obligacion que teneis, segun vuestros propios principios, de adorar este misterio suponiendo que no hubiese en él sino un simbolo escogido por él mismo para ser representado en él; y la adoracion que la Iglesia católica dá á Jesucristo en el dicho Sacramento se funda sobre la creencia que ecsige de todos sus hijos, de que el Señor está presente en la Eucaristía no solo por su virtud, sino por su propia substancia: por consiguiente las reflexiones que acabo de hacer no bastan para establecer esta adoracion segun el espíritu de la dicha Iglesia, ni las comparaciones de la Zarza de Oreb, y del Arca de la alianza son absolutamente convincentes; he aquí porque passo á otras reflexiones, que os hagan ver que debéis adorarle como presente, real y substancialmente.

Primera, debiendo vosotros creer por vuestra confesion, y por la decision de uno de vuestros sinodos nacionales, que sostiene con bastante fuerza Mr. Epine, que no basta participar como quieren algunos novadores de la justicia, obediencia, y otros frutos de la naturaleza humana de Jesucristo en su sacrificio, sino que es necesario participar tambien de su propia substancia; y que esta se nos comunica por el Sacramento de la cena, para asegurarnos de que tenemos parte en la reconciliacion y en todos los frutos de su muerte; se sigue necesariamente que admitis al mismo tiempo en el Sacramento una presencia substancial, tal, cual la establece la asamblea sinodal de Vitemberg compuesta de los primeros patriarcas de los protestantes. La razon es porque es imposible que participeis en la cena real y substancialmente de Jesucristo, si el mismo Señor está substancialmente ausente; y á lo mas podreis decir, no admitiendo sino una presencia de virtud y eficacia, que participais de sus beneficios y gracias, pero no de su substancia; lo que estais obligados á crér, por los términos de la confesion de fe, y del primer artículo de la asamblea de Vitemberg.

La segunda reflexion es, que supuesta la presencia real, seria una impiedad no adorarle porque como dice el mismo Calvino, Jesucristo es del todo adorable en aquel lugar en donde esté sustancialmente.

Me direis, puede ser, que los apóstoles

no le adoraron en la Eucaristía; y que el Señor no mandó á sus discipulos, que lo hiciesen. Aun quando yo os concediera esto, bastaria que los apóstoles le hubiesen adorado bajo la especie visible en que apareció, para que no fuese buena la consecuencia que pretendéis sacar. ¿Pero quien os ha dicho que los apóstoles no adoraron al Señor en la Eucaristía? ¿Hay por ventura en el evangelio alguna razon en que poder apoyar este pensamiento? Yo me atrevo á asegurar libremente que no hay cosa en él que se oponga á esta adoracion, y que seria acusar á los apóstoles de haber faltado á la fe y al respeto debido á su maestro decir que no le adoraron en el misterio de su pasion.

Por lo que á mi toca, yo creo firmemente que los apóstoles le miraron con los ojos de la fe como una víctima piacular de sus pecados y los de todo el mundo, que pusieron en él la esperanza de su salud; y que en vista de esto abrasó el Señor sus corazones con las llamas mas puras de su amor, y los obligó por este medio á que sometiesen á su dominio supremo todas las facultades de su anima y todas las potencias de su cuerpo, que es lo que se llama con todos los teologos adorar á Jesucristo y darle aquel supremo culto que á ninguno es debido sino á Dios.

Pero estaban sentados, me direis, y por consiguiente no tenian una postura de verdaderos adoradores. Miserable razon por cierto. ¿No

han adorado los griegos al Señor estando sentados? ¿No le han adorado los mismos estando unas veces en pie y otras en rodillas? ¿Unas sentados y otras postrados? ¿No lo han hecho tambien con la cabeza cubierta, y aun lo hacen en este tiempo? ¿Habrá alguno que se atreva á decir que hay una postura de cuerpo que sea un signo unívoco de la adoracion que se debe á Dios? ¿Quién será tan osado que se atreva á decir que la postracion ó la genufleccion es la señal necesaria y esencial de la adoracion suprema? Si esto fuera así, los fieles antiguos que se postraron delante de los ángeles hubieran dado á estos el culto que no les pertenecia. Josef hubiera recibido de los egipcios un culto divino, y los ingleses adorarían á sus reyes cuando los sirven de rodillas. En una palabra, es necesario saber que no hay acto exterior alguno del cuerpo que sea esencial á la adoracion, y que los actos exteriores no tienen en esta parte mas fuerza que la que les comunica la aplicacion interior del espíritu.

Ademas de esto es un error creer que no hay precepto alguno de adorar á Jesucristo en la Eucaristia. Cuando no lo hubiera expreso y formal, lo hay á lo menos implícito y virtual. Aunque hablando Dios del Arca del testamento solo hubiera dicho á los israelitas que estaría allí su nombre eternamente, bastaría sin duda para que le debiesen adorar en aquel lugar. Aunque solo hubiera dicho á sus hijos: he aquí vuestro padre, ¿no seria esto su-

ficiente para obligarlos á que le diesen el honor que le es debido como tal? Pues Jesucristo ha declarado que en el Sacramento de la Eucaristia está su cuerpo; y esto basta para obligar á los cristianos á que le tributen sus homenajes religiosos.

Pero prescindiendo de esto, el orden expreso de que se haga conmemoracion de él en este misterio, ¿no contiene precepto formal de adorarle? Porque esta conmemoracion no es (como lo confiesan todos los protestantes) una desnuda y simple memoria. Ella encierra en sí la aplicacion de los méritos de su muerte, la celebracion de sus alabanzas, el reconocimiento de sus beneficios, y un amor ardiente y sólido en vista de sus favores. Todas estas cosas son sin duda actos del culto supremo que le es debido, y corresponden al Señor contenido en el adorable misterio.

Esto nos convence, me direis, de que es necesario adorar verdaderamente á Jesucristo cuando se comulga, pero no que se le deba adorar fuera del uso del Sacramento ó de la comunión. Si vosotros reflexionais un poco, percibireis facilmente que no hay menor obligacion de adorarle cuando no se comulga, que cuando se participa del misterio. La razon es, porque se le adora en el Sacramento á causa de estar en él con una presencia del todo particular, habiendo precedido antes la mutacion del pan en su cuerpo, y del vino en su sangre. Pero ¿quién causa esta presencia especial

en este misterio, y hace la mutacion del pan en el cuerpo, y la del vino en la sangre del Señor? ¿Es la fe de los que asisten á la celebracion del misterio? ¿O el uso y comunión actual de este Sacramento? De ninguna manera. Porque, aunque sucediese que ninguno de los asistentes tuviese fe, y ninguno comulgase, no dejarían por eso de estar presentes su cuerpo y sangre, bajo los símbolos de pan y vino segun la palabra del Señor que es infalible, y produce siempre su fruto.

Así que, todos los protestantes convienen en que la consagracion es la que hace aquella mutacion é imprime una forma permanente. Prueba de ello es el haberse llevado la Eucaristía desde los primeros siglos á los ausentes y enfermos sin consagrarla de nuevo, siguiéndose de aquí que Jesucristo debe ser siempre adorado en el augusto Sacramento, como que está presente en él con una presencia especial, supuesto que perseveran despues de la consagracion los símbolos sacramentales y la sustancia contenida en ellos.

No solamente fué adorado el Señor en el Arca de la alianza cuando daba desde aquel lugar las bendiciones á su pueblo, sino que le adoraban tambien como presente los judios siempre que le dirigian sus oraciones. Esto demuestra, que se puede y debe adorar al Señor, no solo cuando se distribuyen sus gracias á los fieles que comulgan, sino tambien noando fuera de la comunión se le piden al-

gunos favores, ó se le dan gracias por ella; y en fin siempre que se le dé alguna parte del culto que le es debido,

Finalmente otras dos practicas que os incomodan demasiado son la comunión bajo de una sola especie, y la celebracion del oficio divino en lengua que no entendéis. Pero yo os suplico que comulgando bajo la sola especie de pan participais enteramente del Señor; que en la comunión en que fuisteis educados se os hizo saber que los abstencios que no comulgaban sino bajo la especie de pan, no dejaban de recibir por eso el verdadero Sacramento de la cena con todas sus bendiciones; que si los abstencios se hallan en una imposibilidad *natural* de la participacion del caliz, los fieles de la comunión católica están en una imposibilidad *moral* de lo mismo por las ordenes de sus superiores, á las que deben someterse segun la escritura.

Acordaos tambien de que segun san Bernardo no daña la privacion, sino el menosprecio de los sacramentos, y que por consiguiente no absteniendoo del caliz por menosprecio, sino por un motivo de respeto y de obediencia á las ordenes de vuestros directores, no podria causar esta privacion perjuicio alguno á vuestra salud. Y por lo que toca á la celebracion del oficio divino en lengua latina, debereis saber que en otras comuniones se observa lo mismo. Los griegos se valen de la lengua griega, que no entiende el pueblo, y los maronitas de

la caldaica, que no es vulgar á aquellas gentes.

Tened presente sobre todo, que estas cosas son de pura disciplina cuyos reglamentos deben ceder á las leyes de la caridad, que la Iglesia católica romana no prohíbe el uso del caliz como una cosa mala por su naturaleza; que sólo aprueba la costumbre introducida de comulgar bajo de una sola especie, reservándose la facultad de disponer otra cosa, cuando así convenga á la edificacion de los pueblos; y que se vale de la lengua latina no con el fin de ocultar al pueblo lo que hace ó lo que dice, (supuesto que esta lengua era vulgar en el principio casi á todos los pueblos del occidente) sino únicamente con el de conservar la uniformidad. Vosotros sabéis de que modo se porta con los griegos que reconocen la primacia de la Iglesia romana; y no ignorais sin duda lo que hizo en orden al uso del caliz en favor de la Boemia y Austria, y lo que se resolvió en el concilio de Trento cuya ejecucion se remitió al papa.

¿Y qué no debéis vosotros prometeros, de aquel que ocupa tan dignamente la silla apostólica, y ha manifestado tanto zelo por la gloria de Dios y defensa de su Iglesia? ¿Qué no debéis esperar de los cuidados de nuestros ilustres prelados en quienes se ven resplandecer las luces y el zelo, que no se han advertido en muchos siglos? ¿Qué no debéis, vuelvo á decir, esperar de un tan grande papa y de tan dignos obispos,

principalmente hallandose animados y protegidos por el zelo de nuestro incomparable monarca, que solicita vuestra salud con tanto ardor que ha tenido á bien sacrificar á este fin todas las cosas, no solo para gloria de Dios sino tambien de la Iglesia.

Vivid, señores, únicamente en el reposo y tranquilidad que promete el Salvador en su evangelio á los que le siguen, y son dóciles y humildes de corazón como él. Haced cuenta que habeis entrado en la comunión de una Iglesia en la que ha tenido siempre Jesucristo verdaderos miembros; en una Iglesia en donde se han enseñado siempre todas las doctrinas necesarias para la salud; y en donde solo pueden salvarse los hombres, con tal que vivan según las máximas del evangelio, como lo han reconocido los mismos autores del cisma, y los mas de los protestantes. No olvidéis jamás que, según la palabra del Salvador, consiste la vida eterna en conocer á un solo Dios verdadero, y al que el ha enviado Jesucristo; que la religion pura está en visitar á los huérfanos y viudas, y en conservarse el hombre puro de la corrupcion del siglo; que la verdadera fe que nos salva es aquella que es viva y eficaz, que está animada por la caridad, y es fértil de buenas obras; y finalmente que se nos ha dado para que obremos según ella.

He aquí porque el evangelio que es el objeto de la fe, se llama una verdad según la piedad, y un misterio de piedad; y porque dice tambien S. Pablo que se ha dejado ver el hijo de

Dios en el mundo para destruir las obras del demonio, y para que renunciando nosotros al mundo y á las conversaciones mundanas, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente. En una palabra, acordaos de que todos los misterios de la fe, y toda la economía de Jesucristo no se dirige sino á hacernos santos, como Dios es santo, y á hacernos semejantes á la imagen de este grande Salvador. Si vosotros vivieseis y murieseis, señores míos, en la fe de Jesucristo, segun yo os la he pintado, no dudeis de que tendreis parte en la vida eterna, supuesto que él mismo declara en su evangelio que los que creen en él no se condenarán, y que pasarán de la muerte á la vida y poseerán la vida eterna.

CAPITULO III.

Tradicion.

Los protestantes, enemigos irreconciliables de la Iglesia católica, y que sin duda la habrian hecho desaparecer de sobre la tierra si las puertas del infierno pudiesen prevalecer contra ella; renovaron en el siglo diez y seis el error de Valentino, Marcion, Wiclef, y otros hereges que les precedieron acerca de las tradiciones divinas, ó lo que es lo mismo, la palabra de Dios no escrita sino enseñada de viva voz por Jesucristo y los apóstoles á la Iglesia, y conservada hasta nuestros dias con el mismo cuidado que las santas escrituras. Como si fuese condicion indispen-

sable el que las verdades reveladas hubiesen sido escritas por alguno de los autores sagrados para estar nosotros en obligacion de creerlas, ó como si la que es *columna y firmamento de verdad* no pudiese ser fiel depositaria de las tradiciones asi como es de las divinas escrituras: aseguran que no debemos admitir otra doctrina que la contenida en estas, que la biblia (de la que escluyen varios libros asi del antiguo como del nuevo testamento) es la única regla de nuestra fe, la única que nos puede manifestar los dogmas que debemos creer y los preceptos que debemos observar. Lutero, Brencio, Calvino, Kemnicio, y algunos otros han escrito para sostener este error: se burlan de las tradiciones mas respetables de la Iglesia, las comparan con las tradiciones humanas de que habla Jesucristo á los judios, y anatematizan á cualquiera que las siga: *neque alia doctrina in ecclesia tradi et audiri debet quam purum verbum Dei; hoc est, Sancta Scriptura: doctores vel auditores alii cum sua doctrina anathema sunt*: dice Lutero.

El católico, que sabe la obligacion que tiene de oír á la Iglesia bajo la pena de ser tenido por gentil y publicano, no puede menos de estar á la decision de esta en el concilio de Trento que en la sesion quarta dice así: *la verdad y la disciplina* (enseñada por Jesucristo y los apóstoles) *se contiene en la escritura y en las tradiciones no escritas sino comunicadas de viva voz por Jesucristo á los apóstoles, ó por estos mismos dictándose el Espiritu Santo y que han llegado*